

El que sabe también se aburre

La sabiduría del ama de casa es tan insondable como infinita. A ningún atento observador le puede extrañar esta, por demás evidente, verdad. Cuando leo al azar, en la peluquería las más de las veces, las noticias de las llamadas revistas del corazón me atraviesa la dolorosa sensación de mi impenitente ignorancia. Y entonces caigo en la cuenta —sin duda, demasiado tarde— de cuánto tiempo han empleado sus lectoras en adquirir tamaña «enciclopedia» de conocimientos. ¡Cuán agradable es, pues, descubrir los miles de datos que corren por debajo de esas páginas! En efecto —replicará ofendido el intelectual— no nos informan de nada. Pero ¿es acaso esto una seria objeción? He ahí, por tanto, el problema: estar en el mundo hoy exige una erudición tan ingente como efímera, tan veloz como poco reconocida. Y para ser honesto debo reconocer que mis años de estudio no me han servido para acumular más información

de la que posee cualquier ama de casa. Y esto me duele tanto como me reconforta: me siento, así también, más cerca del mundo.

A pesar de todo, para que mi sentimiento de comunión con el universo sea completo, para que no me sienta en inferioridad respecto al ama de casa, tengo mis libros. Ella con sus revistas, yo con mis libros. Pero sé que mi superioridad en erudición no es mayor que la suya, sé que mis libros no contienen más información que sus revistas y que sólo la estupidez podría valorar más una cosa que la otra. Es necesario, urgente, encontrar una superficie común para que se realice nuestra comprensión, para que yo no pueda despreciar sus revistas ni ella mis utensilios, para que ambos nos reconozcamos mutuamente con buen espíritu civil. Acaso con este loable fin nació la televisión.

Todo se vuelve hermoso y fraternal en este medio: las noticias que uno ignora otro las recita de memoria, ese intrincado mecanismo de la lavadora se revela mágico ante el estupor de un conciudadano, uno posee los últimos detalles de la sorpresa femenina y financiera cuando su vecino estaba investigando en la constancia del precio justo. ¿Qué me queda a mí de todo esto? ¿Cómo decir con orgullo al mundo que yo también tengo mi enciclopedia en el mismo lugar? La publicidad me lo dice, me ayuda, se apiada de mí: Magritte está aquí, junto a la Chávarri, ni más alto ni más bajo, pero viene —eso sí— en mi auxilio. Con ligereza y descoco, Dalí se pone al lado de Joaquín Prat para rescatarme del apuro. Y ahora mi saber se pone en marcha: me he reconciliado con mis congéneres gracias a este ecuménico electrodoméstico.

Además, para que mi satisfacción se convierta en orgullo (y la forma más elevada de éste es su inutilidad) ha venido hacia mí **Luz de luna**. Tan interesante como tedioso, este telefilm se levantó sobre las cenizas del clásico de la MTM **Remington Steele**. Allí donde esta última se resolvía por la cita cinéfila del protagonista, la primera se disolvía con ella. La agencia de detectives «Blue Moon» (recuérdese la referencia cinéfila en **Siempre hay un mañana**, de Douglas Sirk) fue el centro de operaciones de pesca de criminales hasta que un buen día quedó desierta. Ya no había casos o apenas los había. Tan sólo las idioteces de sus empleados a la busca y captura de alguna esporádica investigación se combinaban con las nunca consumadas relaciones amorosas de los protagonistas, dedicados en cuerpo y alma a su ausencia. ¿Qué vino luego? La aburridísima duda metódica de Maddie, la tenaz insistencia en la sonrisa necia de Dave. Y, en alguna ocasión debido al azar, un nuevo caso.

¿Qué cuenta, pues, **Luz de luna**? Estrictamente nada. Y esto es lo fascinante, pero también tedioso del asunto. Sus personajes estelares, sus pastiches de antiguas películas cinematográficas o pasados **shows** televisivos, de documentales y entrevistas, la ausencia de toda trama, la sucesión de instantes inconexos, tan sabios y eruditos como vacíos, ¿para qué otra cosa pueden estar dispuestos sino para que yo mismo y otros desalentados como yo descubramos bandas sonoras de películas antiguas, personajes «culturalmente necesarios», citas y guiños múltiples, etc., etc., etc? Y es que **Luz de luna** está hecha para nuestra íntima satisfacción. Tanto es así que acaso por ello deba fatalmente aburrirnos.

Vicente
Sánchez-Biosca

«Luz de luna»: papilla cultural para la satisfacción y el tedio de los iniciados



C-2324

Papers de **Cultura**

La danza
en tiempo presente



**PAPERS de
CULTURA**

Any II - Núm. 14

Suplement de
PAPERS d'Educació

Director: Juan
Manuel Játiva
Sevilla

Director adjunt:
Jorge García

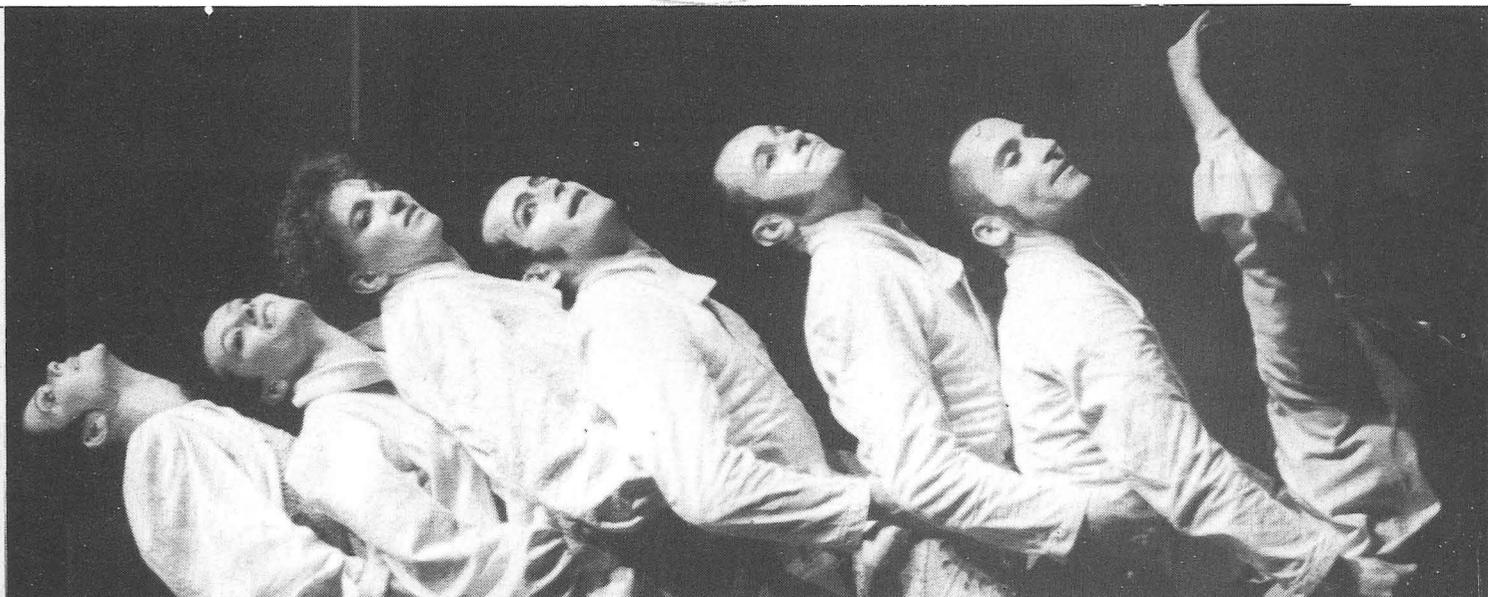
**Directora d'art
i d'edició:** Rosa
Albero

Fotografia: Andrés
Castillo

Col·laboradors:

Joan Àlvarez,
Gonzalo Badenes,
Manuel Caballero,
Juan Campos,
Alfons Cervera,
Elena Costa,
Manuel García,
Pepe Ginés,
Vicente Jarque,
Encarna Jiménez,
Fernando Larrauri,
Víctor Mansanet,
Julio Máñez,
Rafa Marí,
Enric Martínez,
Sigfrid Monleón,
Josep Vicent
Monzó,
Abelardo Muñoz,
Ricardo Muñoz
Suay,
María José Muñoz
Peirats,
Jorge Navarro,
Carlos Pérez,
Toni Picazo,
Criso Renovell,
Josep Ruvira,
Roger Salas,
Vicente Sánchez
Biosca,
José Vicente
Selma,
Rodolf Sirera,
Ferran Torrent,
Xulio Ricardo
Trigo.

La portada y las
ilustraciones del
número anterior
fueron realizadas
por Edu Marín/
Central.



Personajes. «Los figurantes» ha vuelto a traerlo a Valencia. Se trata de José Sanchis Sinisterra, un autor teatral de aquí con uno de los lenguajes más personales de la actual escena española (páginas 18 a 21). Antes poeta, ahora acaba de ofrecer una prosa sorprendente, destilada a lo largo de varios años: es Alex Susanna, joven estrella de la literatura catalana (páginas 38 a 41).

La danza. Abril pone a Valencia en danza. Un festival va a repasar el panorama de la danza contemporánea española. Este número de PAPERS enumera los problemas del oficio y da razón de los últimos creadores valencianos (páginas 10 a 17).

Música. Son catorce los años que lleva Al Tall haciendo fuerza por la recuperación y la renovación del folklore musical valenciano. Por el camino quedan un montón de discos, el último «Xavier el coixo», e iniciativas como la Trobada (páginas 34 a 36). En el panorama de la música clásica, el segundo aniversario del Palau coincide con el anuncio del futuro sinfónico de nuestra Orquesta Municipal. Ambas circunstancias permiten una mirada crítica sobre el tema del mejor aprovechamiento de las dos instituciones (páginas 32 y 33).

Lo viejo y lo nuevo. La videorealización todavía apunta como el arte con más posibilidades de sorprender a propios y extraños, de la mano de la tecnología, en un futuro próximo. En Valencia, como en casi todas partes, son mujeres las exponentes de este nuevo arte (páginas 27 a 29). Un contraste a tanta agitación lo vienen a dar las esculturas de Julio González, instaladas en el IVAM en una sala donde hasta la atmósfera parece secular (páginas 30 y 31). Claro que puestos a pedir reposo, la palabra definitiva la tienen los cementerios (páginas 22 a 25).

